

ARACELI IRAVEDRA / ¿«UN TEMA OLVIDADO»? (*)

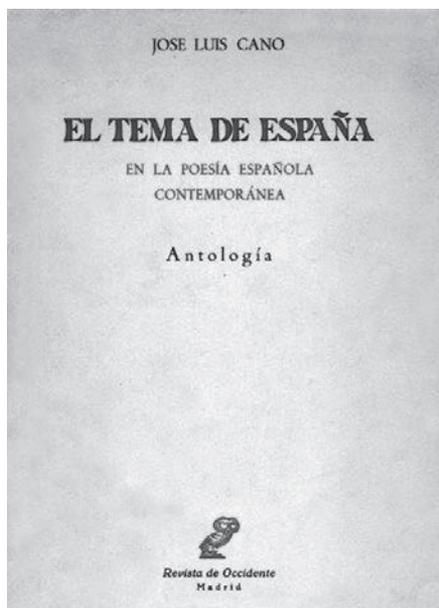
(*) Este número monográfico es un resultado del Proyecto de Investigación de referencia FFI2011-26412, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

 José Luis Cano, *El tema de España en la poesía española contemporánea. (Antología)*. Revista de Occidente, Madrid, 1964.

En su fallido discurso de ingreso en la Academia de la Lengua (1931), y luego por boca de Juan de Mairena (1936), desplegaba Antonio Machado una reflexión que haría fortuna y que le conducía a distinguir entre «sensibilidad» y «sentimentalidad», para situar a la primera en la esfera de la biología y desplazar a la segunda al terreno de la historia: si una mutación en la sensibilidad sería «un hecho biológico» tal vez inapreciable «durante la vida de una especie zoológica», la transformación de los sentimientos era en cambio indesligable del decurso histórico; de ahí que, «en cuanto resonancias cordiales de los valores en boga, los sentimientos varían cuando estos valores se desdoran, enmohecen o son sustituidos por otros». Viene al caso esta consideración porque el poeta del 98 culminaba su razonamiento interrogándose sobre el sentimiento de la patria, uno de los más afianzados por entonces que, en aquellos tiempos de convulsión y decadencia, parecía llamado a ser eterno: «¿Cuántos siglos durará el sentimiento de la patria? Y aun dentro de un mismo ambiente sentimental ¡qué variedad de grados y de matices!» (Machado, 1989: 1784).

A sabiendas de que los temas poéticos son igualmente «sensibles a las oscilaciones del gusto [...] y a las exigencias de la circunstancia social e histórica» (Cano, 1964: 11), esa variedad de grados y matices fue cumplidamente rastreada por José Luis Cano en la antología que en 1964 dedicó a *El tema de España en la poesía española contemporánea*: un exhaustivo trabajo que, si bien se ceñía en su selección de poemas a los concebidos a partir de 1900, revisaba en su estudio preliminar los hitos principales en el desarrollo del tópico, desde nuestra lírica barroca hasta la poesía social y crítica de mediados del pasado siglo. El antólogo se detenía en la generación de los «niños de la guerra», cuando —según ya se adivina en la pregunta de Jaime Gil de Biedma que rotula este número— el uso y el abuso del tema de la patria en los poemas del realismo socialista había conducido a este motivo a un anquilosamiento que estrechaba las posibilidades de encararlo sin incurrir en el *formalismo temático* que denunciara Valente.

Es lugar común que el tema de España conoce su clamorosa liquidación con la hornada siguiente, a la que no ve nacer la antología de Cano: la generación de los novísimos, formada de espaldas a la poesía social, llega en efecto a la vida literaria tratando de desvincularse de «los temas, mítica y estilo propios de “lo español”», entendidos como «un modo de enquistamiento cultural provocado por avatares históricos» (Prieto de Paula, 1996: 141-142), y convierte a la patria en palabra *non grata*. Claro que ya nadie asiente al reduccionismo que propone al núcleo novísimo como oportuna sinécdoque del retrato generacional; ni a la caracterización inercial de la médula del 68 mediante la imagen congelada de un venecianismo que solo identifica, a la postre, un fugaz momento de su recorrido. Con todo, el adelgazamiento evidente del tema de España en esta hornada lírica no animaría a José Luis Cano a proseguir la pesquisa entre sus filas, pese a que la antología conoció una



reedición en 1979. Es más, tampoco podía augurarse al motivo de la patria una más vigorosa pervivencia con el advenimiento de nuestra democracia. Pues, para entonces, como bien diagnostica Prieto de Paula, «la voz de los poetas debía acomodarse a un mundo relativista y adogmático, hedonista, transigente, refractario a la épica y a los proyectos de realización colectiva vertebrados por un espinazo nacional» (2010: 20). Cabe pensar que el estado de conciencia del hombre posmoderno, asolado por la quiebra de las verdades estables y el fin de los metarrelatos concordantes con el escepticismo de los tiempos, había de afectar por fuerza a ese gran relato poético de nuestra modernidad del que tratan estas páginas. Y aún podría decirse que la internacionalización de los contenidos críticos a que ya propendió el socialrealismo en su fase terminal (al sustituir la panoplia de

temas netamente españoles por solitaciones de carácter menos doméstico) tenía que afianzarse en un escenario crecientemente mundializado que demanda una comprensión globalizadora de los conflictos.

Así las cosas, viene otra vez al caso el dictamen del poeta: «Algunos sentimientos perduran a través de los siglos, más no por eso han de ser eternos» (Machado, 1989: 1784). Y la pregunta cae por su peso: ¿Es el de la patria un sentimiento de este siglo? ¿O ha fenecido en el horizonte de la aldea global y de la poesía española —como ha sentenciado alguno de sus artífices— para convertirse en un «sentimiento internacionalista» (Salvador, 2003: 203)? ¿Ha resistido el *relato* de España al descrédito de los grandes relatos de legitimación? ¿O es el de España —como afirma negando un título de Enrique García-Máiquez— «Un tema olvidado»? La elaboración del problema de España por autores de hoy o que han escrito hasta ayer mismo, desde ese novísimo «por error» (García Martín, 1981: 42) que fue Manuel Vázquez Montalbán hasta la joven Erika Martínez, pasando por novísimos conversos, sesentayochistas que nunca fueron novísimos o poetas *arraigados y desarraigados* de la democracia, habla de la vigencia y de la vitalidad (acaso de la revitalización) de un tópico que se había dado por cancelado como extemporáneo y polvoriento; pero habla también de la estimable variedad de matices que organizan sus (in)versiones posmodernas. Pues las nuevas lecturas del tema de España confirman sin lugar a dudas el archicitado aserto de Umberto Eco que ya se cumplía en el verso de Gil de Biedma: «la respuesta posmoderna a lo moderno consiste en reconocer que, puesto que el pasado no puede destruirse —su destrucción conduce al silencio—, lo que hay que hacer es volver a visitarlo; con ironía, sin ingenuidad» (Eco, 1984: 74).

Cuando se cumplen cincuenta años del estudio-antología de José Luis Cano, este monográfico quiere ser un homenaje al legado intelectual del que fue por muchos años director de esta revista, y una modesta primera piedra en la prosecución de su trabajo.

A. I.— UNIVERSIDAD DE OVIEDO

La obra de MATEO MATE está presente en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, MUSAC Museo de Arte Contemporáneo de Castilla y León, el CAB de Burgos, Artium de Vitoria y en la Fundación Botín. Ha desarrollado desde sus comienzos una obra con marcado sentido crítico y humorístico. Sus obras giran en torno a la cuestión de lo patriótico y doméstico transformando una cama, unos

ÍNSULA 811-812
JULIO-AGOSTO 2014

2

fogones o una mesa en el mapa del país donde tratamos de sobrevivir. Convierte elementos domésticos en objetos políticos de exaltación nacionalista, difuminando las fronteras entre lo público y lo privado e ironizando sobre las grandes verdades. Destaca así que los actos heroicos se realizan cada día, y que la violencia, también está presente en nuestra vida íntima y diaria. www.nfgaleria.com

Bibliografía citada

- CANO, J. L., ed. (1964): *El tema de España en la poesía española contemporánea. Antología*, Madrid, Revista de Occidente.
- ECO, U. (1984): *Apostillas a «El nombre de la rosa»*, Barcelona, Lumen.
- GARCÍA MARTÍN, J. L. (1981): «Nuevo viaje del Parnaso o la sucesión de los novísimos», *Camp de l'arpa*, 86, pp. 42-49.

- MACHADO, A. (1989): *Poesía y prosa, III*, ed. Oreste Macrí, Madrid, Espasa Calpe/Fundación Antonio Machado.
- PRIETO DE PAULA, Á. L. (1996): *Musa del 68*, Madrid, Hiperión.
- ed. (2010). *Las moradas del verbo. Poetas españoles de la democracia*, Madrid, Calambur.
- SALVADOR, Á. (2003): «De la nueva sentimentalidad a la otra sentimentalidad», en *Letra pequeña*, Granada, Los Cuadernos del Vigía, pp. 201-203.

A. IRAVEDRA /
¿«UN TEMA
OLVIDADO?»

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ / LA ESFINGE Y LA PIRÁMIDE (MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN O LA LITERATURA MESTIZA)

Quizá podría decirse que el verdadero hilo rojo que atraviesa la ingente obra de Manuel Vázquez Montalbán sea la famosa pregunta de Bertold Brecht: «¿quién construyó las pirámides de Egipto?»

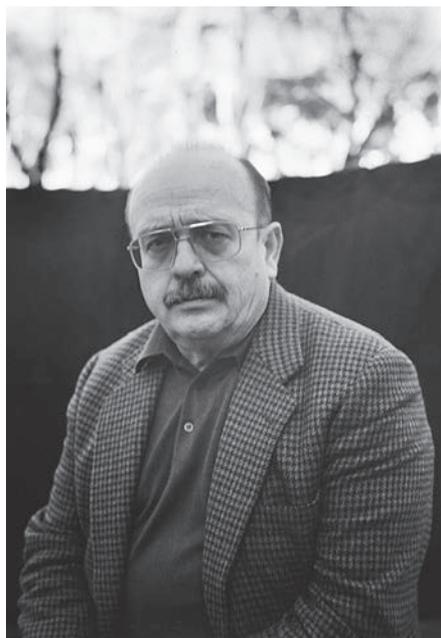
Por consiguiente, y como es obvio, hablar del «tema de España» en las obras de M. V. M. supone hablar de los que estaban arriba y hablar de los que estaban abajo en la pirámide. Y de las historias de esa pirámide: la segunda República desde 1931; la guerra civil de 1936-39; los cuarenta años del franquismo y, finalmente, la Transición (o readaptación del capitalismo) desde 1978 a las posmodernidad aún latente en 2003, cuando «Manolo» falleció en Bangkok.

No hubo, pues, más que constructores de la pirámide. Pero veamos cómo: en primer lugar, el Faraón, que estaba en la cúpula, al igual que esa Esfinge atroz que se desgaja en lo alto como oteándolo todo (por utilizar una imagen de Hegel); luego los miles de esclavos que se hallaban en la base arrastrando las piedras; junto a ellos, los guardias que vigilaban y azotaban; y, en escalones intermedios, los sabios, los arquitectos, o los técnicos que medían y calculaban los tiempos del trabajo y los espacios en que se colocaban las piedras. Y por supuesto los expertos en momificar. Pero los más peligrosos —por invisibles— eran los que en verdad poseían y manejaban todo: es decir, los que manejaban el dinero para mantener en pie a los esclavos/as; para darles una limosna a los sabios/expertos y, en fin, los que en el fondo sostenían (sin mancharse) a la Esfinge en la cúpula.

Por supuesto que entre los millones y millones de esclavos los había de cualquier lengua, etnia o condición sexual, al igual que entre los sabios/expertos o entre los sacerdotes del templo de Isis: pero todos vivían de —y para— mantener en pie a la pirámide, para construirla y para que no se de-construyera.

Y así durante medio siglo, hasta hoy: del capitalismo fascista al capitalismo neoliberal.

Claro que en el Estado/Pirámide de la Esfinge eso venía ocurriendo desde el siglo XVI (d. C., por supuesto); y que, por lo tanto, habían



 Manuel Vázquez Montalbán.

surgido ligeras (no muchas) mutaciones en el Estado de la Esfinge. Por ejemplo, entre 1931-1936 había habido un pequeño desliz hacia la horizontalidad. Lo cual provocó, como respuesta, una monstruosa guerra de tres años entre los esclavos —y entre los sabios/expertos o los sacerdotes de Isis que codirigieron la guerra— para acabar con cualquier imagen de esa horizontalidad. Y así, en 1939 («vencido y desarmado el ejército rojo», según cuentan las crónicas: y M. V. M. fue un apasionado «cronista») la verticalidad volvió a imponerse en efecto y en la cúpula de la Pirámide se erigió una Esfinge asombrosa: ese general «africanista» que tanto obsesionaría a «Manolo». Y a todos, claro.

Le obsesionó tanto que escribiría con angustia una *Autobiografía del General Franco*. Al parecer, Anna Sallés, su compañera de vida, le avisó: «o acabas pronto ese

libro o ese libro acabará contigo». Y de hecho, también las crónicas lo dicen, algo similar sucedió: una durísima operación de corazón, con el injerto de varios «bypass», los mismos que un día estallarían en el aeropuerto de Bangkok (a él, que había escrito *Los pájaros de Bangkok*, cuya protagonista, por cierto, se llama Teresa Marsé, en un guiño/homenaje obvio a *Últimas tardes con Teresa* de Juan Marsé).

Como recordaba Nietzsche hacia 1870, a los esclavos había que darles «solo» lo suficiente para mantenerlos en pie, para que arrastraran las piedras y para que se reprodujeran: y así sus hijos podrían seguir trabajando para nuestros hijos (Nietzsche hablaba, obvio, entre la comunidad de los sabios/expertos, pues él nunca tuvo hijos y difícilmente se le puede reconocer que tuviera relación con alguna mujer, ni siquiera esclava: acaso la siempre recordada amistad «platónica» con Lou Andreas-Salomé).

De modo que M. V. M. había sido un hijo de los de abajo de la Pirámide (en su piso familiar de la calle de la Botella, en el viejo Barrio Chino —hoy Raval— de Barcelona, no hubo luz eléctrica hasta 1948). E incluso, aunque hijo además del «sobrevivir» de los miles de «esclavos» que habían perdido la guerra, descubrió —sin saberlo—